



**El Artículo de
Jack Alexander**



El Artículo de Jack Alexander

Por Bill W.

Enunciado

Alcohólicos Anónimos® es una Agrupación de hombres y mujeres que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del Alcoholismo.

El único requisito para ser miembro de A.A. es el deseo de dejar la bebida. Para ser miembro de A.A. no se pagan honorarios ni cuotas; nos mantenemos con nuestras propias contribuciones.

A.A. no está afiliada a ninguna secta, religión, partido político, organización o institución alguna; no desea intervenir en controversias, no respalda ni se opone a ninguna causa. Nuestro objetivo primordial es mantenernos sobrios y ayudar a otros alcohólicos a alcanzar el estado de sobriedad.

La publicación del artículo “Alcohólicos Anónimos” por Jack Alexander en el Saturday Evening Post, aparecido en el número fechado el 1 de marzo de 1941, marcó un importante jalón en la historia de la Sociedad.

A pesar de que un artículo de alcances nacionales había sido publicado antes, el informe del Post sobre el puñado de hombres y mujeres que habían alcanzado la sobriedad a través de A.A., fue un grado sumo el motivo que estableció firmemente a la sociedad de A.A. en un plano nacional e internacional. Aún hoy, muchos alcohólicos que se vuelven hacia A.A. para la solución de sus problemas, tienen un recuerdo vívido y claro de haber leído el artículo de Jack Alexander.

Lo publicado en el Post nos recuerda el crecimiento de A.A. en un período de años relativamente breve. En 1941 aproximadamente 2.000 hombres y mujeres estaban viviendo el programa de A.A. con todo éxito. Hoy el número excede 1.000.000 y casi 48.000 grupos celebran sus reuniones regularmente, en los Estados

Unidos, el Canadá y otros 108 países.

En 1941 Jack Alexander informó sobre el significado de los servicios y la humildad que distingue al programa de A.A. y los que lo practican. Alcohólicos Anónimos ha crecido tremendamente desde entonces. Pero la misma conciencia de nuestra necesidad de continuar sirviendo a nuestros semejantes alcohólicos, con un espíritu de ayuda y humildad, continúa siendo la piedra fundamental de nuestra Sociedad.

Es con ese espíritu que este histórico artículo se reimprime ahora, para todos los miembros, viejos y nuevos, que comparten un interés común en los primeros tiempos de Alcohólicos Anónimos.

Se recuerda a los lectores que este artículo fue publicado por primera vez en marzo de 1941, cuando A.A. tenía menos de seis años de existencia. Las referencias acerca de fechas, hechos ocurridos, y número de miembros distribuidos en varios grupos, y número de miembros distribuidos en varios grupos, deben ser leídos teniendo en cuenta esta circunstancia.

La Fundación Alcohólica mencionada en este folleto, se llama ahora The General Service Board of Alcoholics Anonymous Inc.

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

Por Jack Alexander

Hace unas semanas tres hombres se encontraban sentados alrededor de la cama de un paciente alcohólico en la sala para psicópatas del Hospital General de Filadelfia. El hombre de la cama, que era totalmente extraño para los otros, tenía la expresión tensa y ligeramente estúpida de los alcoholizados en el proceso de disipación de la “niebla alcohólica”, después de una tremenda orgía. Lo único digno de ser tenido en cuenta acerca de los visitantes, excepto por el contraste evidente entre sus bien cuidadas personas y el enfermo, era el hecho de que cada uno de ellos había pasado varias veces por el proceso de disipación de la “niebla alcohólica”. Eran miembros de Alcohólicos Anónimos; un grupo de ex-bebedores que se dedicaban a ayudar a otros alcohólicos a quebrar el hábito de la bebida.

El hombre de la cama era un mecánico. Sus visitantes habían sido educados en Princeton, Yale y Pennsylvania y eran respectivamente un vendedor, un abogado

y un agente de publicidad. Hacía menos de un año que uno de ellos había estado con camisa de fuerza en la misma sala de ese hospital. Otro de sus compañeros había pasado de un sanatorio a otro, haciendo la vida imposible al personal de los más importantes centros del país para el tratamiento del alcoholismo. El tercero había pasado veinte años de su vida sin ser nunca internado, pero perturbando su vida, la de sus familiares y patrones, como también las de algunos varios parientes bien intencionados que habían tenido la temeridad de intervenir.

El ambiente de la sala estaba espeso con el aroma de paraldehído, un desagradable “cocktail” que huele como una mezcla de alcohol y éter, y que los hospitales a veces usan para tranquilizar al bebedor paralizado, y calmar sus nervios destrozados. Los visitantes parecían no darse cuenta de esto, y no importarles tampoco la atmósfera depresiva que es típica de las mejores salas para psicópatas.

Estuvieron fumando y hablando con el paciente más o menos por espacio de

veinte minutos; luego dejaron sus tarjetas personales y se marcharon. Si el hombre de la cama deseaba volver a ver a alguno de ellos - le dijeron - no tenía más que llamar por teléfono. Hicieron comprender bien claramente al enfermo que si verdaderamente deseaba dejar de beber, estaban dispuestos a dejar su trabajo o levantarse de la cama a cualquier hora de la noche para ir a visitarlo dondequiera que se encontrara. Si el hombre no deseaba llamarlos no volvería a verlos. Los miembros de Alcohólicos Anónimos no persiguen ni "miman" al candidato, y conocen todas las tretas del alcohólico que finge reformarse, y que es un maestro en el arte del engaño.

En esto reside gran parte de la fuerza única de este movimiento, que en los últimos seis años ha traído la recuperación de aproximadamente 2.000 hombres y mujeres, un elevado porcentaje de los cuales habían sido desahuciados por los médicos. Los médicos y los clérigos, trabajando separadamente o juntos, siempre han conseguido sacar a flote unos pocos casos. En ocasiones excepcionales algunos bebedores han encontrado por sí

solos el camino hacia la sobriedad. Pero las incursiones en el campo del alcoholismo han sido prácticamente nulas, y éste sigue siendo uno de los grandes enigmas de la salud pública, sin solución.

Siendo por naturaleza sensible y desconfiado, al alcohólico le agrada que lo dejen solo para tratar de solucionar el misterioso mal que lo aqueja, y generalmente no parece importarle la tragedia que mientras tanto carga sobre los hombros de los que lo rodean. Se aferra desesperadamente a la convicción de que, a pesar de que no pudo controlarse con la bebida, llegará el día en que podrá beber normalmente. El alcohólico es uno de los ejemplares más raros que existen desde el punto de vista de la medicina, y con mucha frecuencia son personas de inteligencia sumamente aguda.

Discuten con profesionales y parientes que tratan de ayudarlos y experimentan una perversa satisfacción en hacerles notar las fallas en los argumentos que emplean al discutir con ellos.

No hay excusa - por elaborada que sea - para justificar el beber, que los “técnicos” de Alcohólicos Anónimos no hayan oído mencionar o utilizado ellos mismos, Cuando uno de los candidatos les da una razón para emborracharse, ellos le cuentan una media docena de justificativos que empleaban en sus épocas de bebedores. Esto perturba un poco al candidato y lo pone a la defensiva. No puede menos de observar el aspecto prolijo de sus nuevos amigos, y los acusa de ser “niños bien” que no saben lo que es la lucha con la bebida. Ellos le contestan relatándole sus propias historias. Los whiskies y los coñacs dobles antes del desayuno, el vago sentimiento de disconformidad que precede a una “farra”, el despertar de una borrachera sin poder dar razón de sus actos durante varios días, y el temor constante de que posiblemente haya matado a alguien con su automóvil. Le cuentan acerca de las botellas de gin de 8 onzas escondidas detrás de los cuadros y en diferentes lugares desde el sótano, hasta el desván, de haber pasado días enteros en cinematógrafos para eludir la tentación de beber, de haber escapado del trabajo durante el día para tomarse algunos

tragos rápidos. Relatan cómo perdieron sus empleos y robaron el dinero a sus esposas, cómo llegaron a poner pimienta en el whisky para darle un sabor más fuerte, cómo recurrieron a los sedativos, cómo bebieron alcohol puro tónico para el cabello, y cómo adquirieron la costumbre de estar en la puerta de la taberna del barrio diez minutos antes de que abriera. Describen sus manos temblorosas que no podrían llevar un vaso chico a los labios sin volcar el contenido; cómo bebían sus copas en vasos grandes porque éstos pueden ser mantenidos firmes utilizando las dos manos, aún a riesgos de romperse los dientes, de cómo llegaron a atar una servilleta a los vasos y arrastrarlos suavemente con ella para acercarlos a la boca. Contaron, en fin, de que sus manos en ocasiones temblaban en tal forma que parecía que se les desprenderían y volarían al espacio, y hablaron también de las horas que permanecieron sentados sobre las manos para evitar esto.

Esto y otros secretos del alcoholismo, generalmente sirven para convencer al alcohólico que está hablando con hermanos

de sangre. Queda automáticamente tendido un puente de confianza, cubriendo el abismo que ha desconcertado a los médicos, los pastores, los sacerdotes y a los desventurados parientes. Tratando estos temas, los “técnicos” van dejando caer poco a poco sobre el enfermo los detalles de un programa para vivir sin alcohol en forma feliz, que les ha dado buenos resultados, y que están seguros que así puede resultar a cualquier otro alcohólico. Reconocen que están fuera de su órbita con aquellos que son psicópatas o que ya están sufriendo del mal físico conocido como “cerebro empapado”. Al mismo tiempo, se preocupan de que estos casos obtengan la atención médica que sea necesaria.

Muchos médicos y empleados de sanatorios a través del país, (EE.UU.), sugieren ahora a sus pacientes que se dirijan a los Alcohólicos Anónimos. En algunos pueblos la Justicia y autoridades policiales cooperan con los Grupos locales. Así mismo, en algunas ciudades las divisiones psicopáticas de hospitales y sanatorios conceden a los miembros de Alcohólicos Anónimos que trabajen en el Paso Doce,

los mismos privilegios para visitar enfermos que al personal de dichas Instituciones. El Hospital General de Filadelfia es uno de ellos. El doctor John F. Stouffer, Jefe de Psiquiatras, dice: “El alcohólico que llega aquí es generalmente aquel que no puede pagarse un tratamiento, y facilitar el contacto con A.A. es lo mejor que podemos hacer por ellos. Entre los que se incorporan a A.A. hay algunos pocos que a veces vuelven al hospital por haber recaído, pero aún entre éstos puede observarse un cambio de personalidad tan profundo que prácticamente no parecen ser los mismos”.

La Revista Médica de Illinois en un artículo de fondo publicado en diciembre último, va aún más lejos que el doctor Stouffer al decir: “Es ciertamente un milagro que una persona que por años ha estado siempre más o menos constantemente bajo la influencia del alcohol y en quien sus amigos han perdido toda la confianza, sea capaz de pasarse toda una noche con un “borracho” y que a intervalos regulares, según las indicaciones del médico, dé al enfermo pequeñas dosis de alcohol, sin tomar él mismo ni un solo trago”.

Hay situaciones que parecen sacadas de un cuento de “Las mil y una noches”, en que se ven envueltos a veces los trabajadores del Paso Doce de Alcohólicos Anónimos. Frecuentemente tienen que acompañar a una persona, y aún sentársele encima, pues la idea de arrojarse por la ventana les parece atractiva a muchos alcohólicos desesperados. Solamente un alcohólico puede estar horas “arrodillado” sobre el pecho de otro, y saber combinar el grado adecuado de disciplina y comprensión.

Durante un viaje que hice recientemente por el Este y Medio Oeste conocí y hablé con muchos A.A., como se llaman a sí mismos, y generalmente comprobé que se trataba de personas calmadas y tolerantes. Hasta parecen ser gentes más “completas” que el término medio de individuos no alcohólicos. Su transformación de personas que luchaban con los agentes de policía, bebedores de “fuego envasado” a veces castigadores de esposas era sorprendente. En uno de los diarios más influyentes de este país (EE.UU.) descubrí que el jefe y subjefe de redacción, como así también uno de los periodistas más conocidos del país eran A.A.

y gozaban en forma absoluta de la confianza de sus patrones.

En otra ciudad asistí al espectáculo de un juez poniendo en libertad a un hombre acusado de manejar su automóvil en estado de ebriedad, bajo la responsabilidad de un miembro de Alcohólicos Anónimos, el cual en sus tiempos de bebedor había destrozado varios automóviles, y perdido su licencia de conductor por su desordenada conducta. El juez lo conocía bien y se alegraba de poder tener confianza en él.

Un brillante ejecutivo de una firma publicitaria me contó que dos años antes había mendigado en las calles y dormido en los portales de las casas y edificios en construcción. Tenía un portal favorito que compartía con otros vagos, y de vez en cuando va por allí a visitarlos, nada más que para asegurarse que no está soñando.

En Akron, como en otros centros industriales, los grupos incluyen un elevado porcentaje de trabajadores manuales. En el Club Atlético de Cléveland almorcé con cinco abogados, un contador, un ingeniero,

un agente de seguros, tres vendedores profesionales, un agente de compras, un barman, un gerente de una cadena de tiendas, un gerente de una tienda individual y un representante de fábricas. Eran miembros de un Comité Central que coordinaba el trabajo de nueve Grupos de la ciudad. Cléveland, con más de 450 miembros, es el mayor de los centros de A.A. Le siguen en importancia Chicago, Akron, Filadelfia, Los Ángeles, Washington y Nueva York. En total hay grupos en aproximadamente 50 ciudades y pueblos. (N. de T. Recordar que esto era en marzo de 1941).

Al comentar sobre su actividad, los A.A. hablan de su trabajo como de un “seguro” para ellos mismos. La experiencia de los grupos demuestra, dice, que una vez que un alcohólico pierde el entusiasmo por trabajar en A.A., generalmente vuelve a beber.

Nos aseguran que no existen ex-alcohólicos. Si uno es alcohólico, es decir, una persona que no puede beber normalmente, sigue siendo alcohólico hasta

su muerte, exactamente como un diabético sigue siendo siempre diabético. Lo más que puede esperar es lograr que su enfermedad quede “detenida” y el ayudar a otros es su insulina. Esta es la opinión de A.A., la cual generalmente es apoyada por opiniones médicas. Casi todos los A.A., con pocas excepciones, dicen que han perdido por completo el deseo de beber alcohol. La mayoría sirven licores en sus hogares a los amigos que los visitan, o acompañan a éstos a los bares cuando los amigos van a tomarse una copa. Los A.A. se limitan a bebidas sin alcohol o café.

Uno de ellos, un gerente de ventas, hace las veces de barman en la fiesta anual de su Compañía, en Atlantic City, y se pasa la noche acostando a los que se embriagan. Sólo unos pocos de los que se recuperan dejan de perder el temor de que una copa tomada sin pensar pueda perderlos de nuevo. Un A.A., empleado en una tienda del Este no ha tomado un trago en tres años y medio, pero dice que aún tiene que apresurar el paso al enfrentar los bares para poder vencer el viejo impulso; sin embargo, este caso es una excepción. La única

consecuencia de sus días de bebedores que perturba a veces a los A.A. son pesadillas que se repiten constantemente. En el sueño se ve a sí mismo nuevamente ebrio y tratando desesperadamente de ocultar a todos su estado, pero aún este síntoma desaparece completamente al poco tiempo en la mayoría de los casos. Aunque parezca sorprendente, el término medio de los que trabajan entre los A.A. - que anteriormente fueron despedidos de empleo a causa de la bebida - alcanza al 90 %.

Los trabajadores de Alcohólicos Anónimos aseguran que su programa es efectivo en un 100% de los casos para aquellos que realmente desean dejar de beber, pero no resulta para los que solamente “desean llegar a tener el sincero deseo”, o que quieren dejar de beber por temor a perder sus familias o sus empleos. El deseo efectivo debe estar basado en un inteligente interés propio, el candidato debe desear alejarse de la bebida por su propio bien, para evitar la cárcel, las indignidades o la muerte prematura. Debe estar harto de la terrible soledad social que envuelve al bebedor sin control, y debe desear poner orden en su

vida desorganizada.

Como es imposible descalificar a los que están sobre la frontera que separa al hombre completamente normal del psicópata, el porcentaje de recuperaciones está por debajo del 100%. De acuerdo con los cálculos de A.A., el 50% de los alcohólicos que ingresan a la sociedad se recuperan casi inmediatamente; un 25% después de haber sufrido una o varias recaídas, y el resto permanece dudoso. Este término medio de éxitos es excepcionalmente elevado. No existen estadísticas sobre resultados de curas médicas o religiosas, pero se calcula que no son más que el 2% o el 3% efectivas, en el caso de alcoholismo avanzado.

A pesar de que es demasiado pronto para afirmar que Alcohólicos Anónimos es la solución definitiva del problema del alcoholismo, su corta trayectoria de éxitos (menos de seis Años) es impresionante, y está recibiendo un apoyo que hace esperar que sigan los éxitos. John D. Rockefeller (Jr.) ayudó a cubrir los gastos de iniciación del movimiento y se preocupó muy seriamente para interesar en el mismo a otros hombres

prominentes.

El regalo de Rockefeller fue pequeño, accediendo al deseo de los organizadores de la Asociación que deseaban mantener a la misma en una base voluntaria y no pagada.

No hay en A.A. organizadores a sueldo, ni cuotas, ni jefes, ni control central. Lógicamente los gastos de alquiler en locales grandes son cubiertos por colectas en las reuniones. En los pueblos pequeños donde los Grupos se reúnen en casas particulares no se hacen colectas. Una pequeña oficina en Nueva York actúa como centro de información, no teniendo chapa en la puerta, y recibiendo la correspondencia en forma anónima por intermedio de la casilla de correo 459. Grand Central Annex. El único ingreso, que es dinero recibido por la venta del libro descriptivo de la sociedad, es manejado por la Fundación Alcohólica (hoy la Junta de Servicios Generales), un cuerpo compuesto por tres alcohólicos y cuatro no alcohólicos. (N. del T. Hoy en día los servicios de A.A. son sostenidos por las contribuciones de los grupos y miembros

y por la venta de literatura. La junta de servicios está compuesta por 21 custodios, siete de ellos no alcohólicos).

En Chicago veinticinco médicos trabajan en cooperación con A.A., contribuyendo con sus servicios y enviando sus pacientes al grupo que ahora cuenta con aproximadamente 200 personas. La misma cooperación existe en Cleveland, y en menor grado en otros centros. Un médico, el doctor W. D. Silkworth, de Nueva York, dio al movimiento el primer apoyo. Sin embargo, muchos médicos permanecen escépticos. El doctor Foster Kennedy, un eminente neurólogo de Nueva York, probablemente tuvo esto en cuenta cuando dijo en una reunión hace un año: "El fin que persiguen los que están empeñados en este esfuerzo contra el alcoholismo es muy elevado, su éxito ha sido considerable, y creo que todos los médicos de buena voluntad debieran ayudar".

La ayuda activa de dos médicos de buena voluntad, los doctores A. Wiese Hammer y C. Dudley Saul, ha contribuido enormemente

a hacer la célula de Filadelfia, una de las más efectivas de los Grupos nuevos. El movimiento se inició allí en 1940 por casualidad, cuando un hombre de negocios, miembro de A.A. fue trasladado de Nueva York a Filadelfia. Temeroso de recaer por falta de “contactos”, el A.A. entabló amistad con tres “moscardones de bar” y empezó a trabajar con ellos. Logró sacarlos a flote y el cuarteto siguió trabajando con otros casos. Para el 15 de diciembre último, 99 alcohólicos se habían unido a este Grupo. De esto, 86 están ahora totalmente abstemios, 39 de ellos llevan de 1 a 3 meses, 17 de 3 a 6 meses, y 25 de 6 a 10 meses. Cinco más se unieron al Grupo después de haber pertenecido a A.A. en otras ciudades, y han estado sin beber de uno a tres años.

En el otro extremo de la escala del tiempo, Akron, cuna de la Asociación, tiene el récord por abstinencia constante. De acuerdo con una reciente estadística, los miembros se han estado manteniendo sobrios en A.A. por cinco años y medio, uno por cinco años, tres por cuatro años y medio, uno por el mismo período con una recaída, tres por tres

años y medio, siete por tres años, tres por 3 años con una recaída cada uno, uno por dos años y medio y trece por dos años. Con anterioridad a A.A. casi todos los akronianos y los de Filadelfia, no habían podido mantenerse sobrios por más de unas pocas semanas.

En el Medio Oeste el trabajo se ha realizado casi exclusivamente entre personas que no habían llegado aún a la etapa de necesitar hospitalización. El Grupo de Nueva York, que tiene muchos en esas condiciones, se especializó también en casos de personas internadas, y ha obtenido resultados sorprendentes. En el verano de 1939 el grupo comenzó a trabajar con los alcohólicos internados en el Rockland State Hospital, en Orangeburg, un enorme sanatorio mental que recibe a los alcohólicos considerados sin esperanza, rezago de los centros populosos. Con el apoyo del doctor R. E. Blaisdell, el superintendente médico, se inició un núcleo dentro del sanatorio y se efectuaron reuniones en el salón de actos. Los A.A. de Nueva York fueron a Orangeburg para dar charlas, y los domingos por la tarde los pacientes eran

llevados en autobuses de propiedad del Estado de Nueva York a un club de A.A. que el grupo de Manhattan alquila en el West Side.

En julio último, once meses más tarde, las estadísticas en el hospital demostraron que de cincuenta y cuatro pacientes que fueron dados de alta por intermedio de Alcohólicos Anónimos, diecisiete no han tenido ninguna recaída y catorce sólo una. Del resto, nueve han vuelto a la bebida en sus comunidades locales, doce han vuelto al hospital y dos han desaparecido sin dejar rastros.

El doctor Blaisdell ha escrito favorablemente acerca del trabajo de A.A. al Departamento de Higiene Mental del Estado de Nueva York, y ponderó este trabajo oficialmente en su último informe anual. Se obtuvieron aún mejores resultados en dos Instituciones públicas de Nueva Jersey, Greystone Park Overbrook que atraen a pacientes de mejor situación económica y social de Rockland, debido a su proximidad a prósperos pueblos suburbanos. De siete pacientes dados de alta de Greystone Park en dos años, cinco se han abstenido de beber por períodos de 1 a

2 años, de acuerdo con estadísticas de A.A. De diez dados de alta de Overbrook, ocho se han abstenido por más o menos el mismo período de tiempo. Los otros han tenido de una a varias recaídas.

Por qué algunas personas se convierten en alcohólicos es algo sobre lo cual los entendidos no están de acuerdo. Pocos son los que opinan que hay alcohólicos de “nacimiento”. Una persona puede nacer, dicen, con una predisposición hereditaria al alcoholismo, como hay personas que nacen vulnerables a la tuberculosis. El resto parece depender del medio ambiente y experiencias, aunque hay una teoría que dice algunas personas son alérgicas al alcohol, como otras son alérgicas a otras cosas. Solamente un detalle se ha encontrado que es común a todos los alcohólicos. Falta de madurez emocional. En relación a este hecho se ha observado que un número muy elevado de alcohólicos se han iniciado en la vida como hijos únicos, como el hijo menor, como el único varón en una familia de mujeres, o como la única mujer en una familia de varones. Muchos tienen antecedentes de precocidad infantil,

y de lo que se llama “niños mimados”.

Frecuentemente la situación se complica por una atmósfera inestable en el hogar, en el cual uno de los padres es innecesariamente cruel y el otro demasiado indulgente.

Cualquier combinación de estos factores, más un divorcio o dos, tienden a producir criaturas neuróticas que están pobremente equipadas emocionalmente para afrontar las realidades ordinarias de la vida adulta.

Al buscar escape unos se sumergen en sus negocios trabajando de doce o quince horas diarias, en deportes o alguna actividad artística. Otros encuentran lo que consideran una agradable escapatoria en la botella. Les ayuda a tener confianza en sí mismos y temporalmente borrar cualquier sentimiento de inferioridad social que puedan tener. Se empieza bebiendo de a poco, y luego se pasa a ser un fuerte bebedor. Los amigos y familiares se alejan y los patrones se disgustan. El bebedor arde en resentimientos y se llena de lástima de sí mismo. Se repite razonamientos infantiles para justificar por qué bebe; ha estado trabajando demasiado

fuerte y merece poder tranquilizar sus nervios con un trago; le duele la garganta debido a una vieja operación y un trago le calma; le duele la cabeza, su esposa no lo comprende, sus nervios están irritados, todo el mundo está contra él, y así por el estilo. Inconscientemente se convierte en un inventor de excusas para justificar su propio comportamiento. Mientras bebe se dice a sí mismo y a todos aquellos que intentan intervenir, que puede beber moderadamente en cuanto quiera hacerlo. Para demostrar su fuerza de voluntad, se pasa semanas sin tomar una gota.

Incluso se preocupa de concurrir a su bar favorito todos los días a una determinada hora, y se exhibe tomando leche o alguna bebida sin alcohol, sin comprender que está simplemente procediendo como un niño. Con una confianza falsa comienza con la rutina de una cerveza por día, y eso es una vez más el principio del fin. La cerveza diaria lleva inevitablemente a más cerveza, y luego a licores fuertes, los que a su vez lo conducen a una “farra” de primera categoría. Curiosamente el motivo que sirve para la explosión puede ser un negocio afortunado

o una racha de mala suerte. Un alcohólico no puede soportar ni la prosperidad ni la adversidad.

La víctima está intrigada al salir de la niebla alcohólica. Sin que él se dé cuenta, el hábito se ha convertido gradualmente en obsesión. Después de un tiempo ya no necesita excusas para justificar el primer trago fatal. Todo lo que sabe es que se siente inundado de inconformidad, o de júbilo, y antes de comprender lo que pasa está delante del mostrador de un bar, con un vaso vacío de whisky ante él y una sensación estimulante en la garganta.

Por un peculiar juego de ideas, ha logrado tender una densa cortina sobre el recuerdo del intenso dolor y remordimientos causados por “farras” anteriores. Después de muchas experiencias de esta naturaleza, el alcohólico comienza a comprender que no se entiende a sí mismo y se pregunta si su fuerza de voluntad, fuerte en otras cosas, no está indefensa en lo que se refiere al alcohol. Puede ser que continúe tratando de vencer su obsesión y que termine en un sanatorio. Puede ser que dé la lucha por perdida y

trate de suicidarse. O puede ser también que busque ayuda exterior.

Si se dirige a Alcohólicos Anónimos, se le invita a admitir que el alcohol lo ha derrotado, y que su vida es ingobernable. Habiendo llegado a este estado de humildad intelectual, se le da una buena dosis de religión, en el sentido más amplio de la palabra. Se le pide que crea en un Poder Superior a sí mismo, o que por lo menos considere el asunto sin prejuicios, mientras trata de practicar el resto del programa. Cualquier concepto del Poder Superior es aceptable. Un escéptico o agnóstico puede elegir su Ser Interior, el milagro del crecimiento, un árbol, la maravilla del hombre ante el universo físico, la estructura del átomo o simplemente matemáticas infinitas. Cualquiera que sea la fórmula que utilice, se le enseña al neófito que debe tener confianza en ella y en sí mismo, y pedir a su Poder Superior que le dé fuerzas.

Luego hace un inventario moral en privado, con la ayuda de otra persona que puede ser su "padrino" de A.A., un sacerdote, un pastor, un psiquiatra o cualquier otro que

se le ocurra. Puede ponerse de pie en una reunión y contar sus experiencias si esto le produce alivio, pero no se le exige que lo haga. Devuelve lo que puede haber robado mientras estuvo ebrio, y se arregla para pagar viejas cuentas y levantar cheques sin fondos. Efectuar reparaciones ante las personas que ha ofendido, y en general limpia su pasado de la mejor manera posible. En algunas ocasiones, sus padrinos hasta pueden prestarle dinero para ayudarlo en la primera etapa. Este catarsis se considera importante, debido a la compulsión que un sentimiento de culpa ejerce sobre la obsesión alcohólica.

Como no hay nada que tienda más a empujar a un alcohólico hacia la botella que los resentimientos personales, el recién llegado hace también una lista de sus rencores, y resuelve no dejarse perturbar por ellos. En este punto ya está listo para empezar a trabajar con otros alcohólicos activos. Por el proceso de extroversión que este trabajo implica, está en condiciones de pensar menos en sus propias dificultades. Cuantos más bebedores pueda hacer ingresar en Alcohólicos Anónimos, mayor

será su responsabilidad para el Grupo. No puede embriagarse sin perjudicar a la gente que le han demostrado que son sus mejores amigos. Está comenzando a crecer emocionalmente, y dejando de buscar en qué apoyarse. Si pertenece a una Iglesia ortodoxa, generalmente, pero no siempre, vuelve a la práctica regular de su religión.

Simultáneamente con la rehabilitación del alcohólico, tiene lugar el proceso de ajustar a la familia al nuevo método de vida. La esposa(o esposo) de una persona alcohólica, y también los hijos, frecuentemente se vuelven neuróticos por haber estado expuestos a excesos de bebida por un período de muchos años. La reeducación de la familia es una parte esencial del programa posterior que se emplea.

Alcohólicos Anónimos, que es una síntesis de viejas ideas más bien que un nuevo descubrimiento, debe su existencia a la colaboración de un hombre de negocios de Nueva York y a un cirujano de Akron. Ambos, alcohólicos, se conocieron por primera vez hace poco menos de seis años. En treinta y cinco años de beber

periódicamente, el doctor Armstrong - para dar al médico un nombre ficticio - había perdido a casi toda su clientela. Armstrong había probado todos los medios para dejar de beber, incluso el Grupo Oxford, y no había mejorado. En el Día de la Madre de 1935, llegó a su casa tambaleándose en típico estilo de ebrio, llevando una costosa planta en una maceta, que depositó en la falda de su esposa. Luego se dirigió a su dormitorio, y prácticamente perdió el conocimiento.

En ese momento, paseándose nerviosamente por el “hall” de un hotel de Akron, se encontraba un corredor de Bolsa de Nueva York, a quien arbitrariamente llamaremos Griffith. El señor Griffith estaba en un apuro. En una tentativa para obtener el control de una Compañía y rehacer su situación financiera había llegado a Akron y entablado una lucha para ser nombrado apoderado de la Compañía, habiendo sido derrotado. Su cuenta del hotel estaba sin pagar y estaba casi sin dinero. Griffith tenía ganas de tomarse un trago.

Durante su carrera en Wall Street, Griffith

hizo buenos negocios y había prosperado, pero a través de sus desarreglos alcohólicos perdió la mayoría de sus posibilidades. Cinco meses antes de venir a Akron, había dejado de beber con la ayuda del Grupo Oxford de Nueva York. Fascinado por el problema del alcoholismo volvió muchas veces como visitante a un hospital de Central Park West donde fue como paciente para desintoxicarse, y hablaba con los internados. No consiguió que nadie dejara de beber, pero descubrió que el trabajar con otros alcohólicos le permitía luchar victoriosamente contra su compulsión por la bebida.

Como era forastero en Akron, Griffith no conocía a ningún alcohólico al que pudiera visitar. Una guía de Iglesias colgada en la pared del hall del hotel le dio una idea. Llamó por teléfono a uno de los clérigos anotados en la guía, y por intermedio del mismo se puso en contacto con un miembro del Grupo Oxford local. Esta persona, que era amiga del doctor Armstrong, pudo presentar al médico y al corredor de Bolsa en una cena. De esta manera, el doctor Armstrong se convirtió en el primer

discípulo real de Griffith.

Era un discípulo muy tembloroso al principio. Después de varias semanas de abstinencia viajó al Este, a una Convención médica y cuando regresó estaba nuevamente bebiendo. Griffith, que se había quedado en Akron para arreglar ciertos asuntos legales resultantes de la batalla por el poder, consiguió hacerlo volver a la sobriedad. Esto fue el 10 de junio de 1935. Los tragos que el médico tomó de una botella que Griffith le brindó ese día, fueron los últimos que bebió.

El pleito de Griffith se prolongó, reteniéndolo en Akron por seis meses. Trasladó su equipaje a la casa de Armstrong, y juntos comenzaron a luchar para ayudar a otros alcohólicos. Antes de que Griffith regresara a Nueva York, se habían obtenido dos nuevos candidatos en Akron. Mientras tanto, Griffith y el doctor Armstrong se había retirado del **Grupo Oxford**, pues **consideraron que su evangelismo agresivo y algunos de sus otros métodos eran una traba para trabajar con alcohólicos. Pusieron su técnica en una base de "lo toma o lo**

deja”, y no se apartaron de ella.

El progreso fue lento. Después que Griffith volvió al Este, el doctor Armstrong y su esposa, ella graduada en Wellesley, convirtieron su casa en un refugio gratuito para alcohólicos, y en un laboratorio experimental para el estudio del comportamiento del invitado.

Uno de los huéspedes, el cual sin saberlo sus anfitriones padecía de manía depresiva, aparte de ser un alcohólico, perdió el control una noche con un cuchillo de cocina, pero fue controlado antes de que pudiera herir a nadie. Después de un año y medio, un total de 10 personas habían respondido al programa y se estaban manteniendo abstemias. Lo que había quedado de los ahorros de la familia fue invertido en este trabajo. La nueva sobriedad del médico trajo como resultado que recuperara a gran número de su clientela, pero no lo suficiente como para compensar el gasto extra. Los Armstrong, sin embargo, siguieron adelante con dinero prestado. Griffith que también tenía una esposa espartana, convirtió su casa de Brooklyn en un duplicado de la de

Akron. La señora Griffith que pertenece a una vieja familia de Brooklyn, se empleó en una tienda, y en horas libres hacía de enfermera de ebrios. Los Griffith también pidieron prestado, y él consiguió ganar algún dinero con las firmas de corredores de cambio. Para la primavera de 1939 los Armstrong y los Griffith habían logrado llevar la sobriedad a aproximadamente 100 alcohólicos.

En un libro que publicaron en esa época los bebedores recuperados describieron el programa de recuperación y relataron sus historias. El título del libro era "Alcohólicos Anónimos", y fue adoptado como nombre para el movimiento, que hasta entonces no tenía ninguno. Cuando el libro entró en circulación, el movimiento se extendió rápidamente.

Actualmente el doctor Armstrong todavía está luchando para recuperar su clientela. Su vida es dura y llena de sacrificios. Está cargado de deudas debido a sus contribuciones al movimiento y el tiempo gratuito que dedica a los alcohólicos. Siendo el hombre-eje del grupo, le es imposible

rechazar los pedidos de ayuda que inundan su consultorio.

Griffith está aún más hundido en el pantano. Durante los últimos dos años él y su esposa no han tenido un hogar, en el verdadero sentido de la palabra. En una manera que recuerda a los antiguos cristianos, se han mudado de un lugar a otro, encontrando refugio en los hogares de sus colegas de A.A., y muchas veces incluso vistiendo ropas prestadas.

Habiendo empezado algo, ambos, los iniciadores del movimiento, desean dedicar ahora un poco más de su tiempo a recuperarse financieramente.

Piensan que en la forma en que el movimiento trabaja está virtualmente asegurado el éxito y la multiplicación del mismo. Como no existen “jefes” ni un dogma formal para practicar, no tienen el temor de que Alcohólicos Anónimos pueda degenerar en un culto.

La manera espontánea en que se inician nuevos Grupos está documentada por

cartas a los archivos de la Oficina de Nueva York. Muchas personas escriben diciendo que lograron dejar de beber tan pronto como leyeron el libro, e hicieron de sus hogares lugares de reunión para pequeños núcleos locales. Incluso un Grupo bastante numeroso en Little Rock se inició de esa manera. Un ingeniero civil de Akron y su esposa, llenos de gratitud por su cura cuatro años antes, han estado dando alojamiento a alcohólicos en su hogar, sin cargo alguno, con el resultado de que de treinta y cinco de ellos se han recuperado treinta y uno.

Veinte peregrinos de Cléveland conocieron a A.A. en Akron y volvieron a su ciudad para empezar un Grupo propio. Desde Cléveland, por varios medios, el movimiento se ha extendido a Chicago, Detroit, St. Louis, Los Ángeles, Indianápolis, Atlanta, San Francisco, Evansville y otras ciudades. Un periodista alcohólico de Cléveland, operado de un pulmón, se dirigió a Houston por razones de salud. Consiguió un empleo en un diario de Houston y con una serie de artículos que escribió para ese diario, inició un Grupo de A.A. que tiene hoy 35 miembros. Un A.A. de Houston se mudó a Miami, y ahora trabaja

para ayudar a algunos de los más eminentes ebrios de la colonia invernal. Un viajante de Cléveland es responsable de haber iniciado varios núcleos en diferentes partes del país. Menos de la mitad de los miembros de A.A. tuvieron oportunidad de conocer a Griffith y al doctor Armstrong.

Para uno de afuera, que se queda completamente desorientado como lo estamos la mayoría de nosotros debido a las rarezas de nuestros amigos bebedores, el resultado es sorprendente. Esto es especialmente cierto de los casos más virulentos, algunos de los cuales resumimos en este folleto, bajo nombres que no son los propios.

Sarah Martin era un producto de la era de F. Scott Fitzgerald. Nacida de padres pudientes en una ciudad del Oeste, fue a colegios del Este y terminó sus estudios en Francia. Después de su debut en sociedad contrajo enlace. Sarah pasaba sus noches bebiendo y bailando hasta la madrugada, y era conocida como una chica que tenía gran capacidad para beber. Su marido tenía un estómago débil, y disgustada por esto

se divorció de él sin pérdida de tiempo. Después que la fortuna de su padre se esfumó en 1929, Sarah obtuvo un empleo en Nueva York, y se mantuvo a sí misma. En 1932, buscando aventuras, se fue a vivir a París, e inició un negocio por su cuenta, que tuvo éxito. Continuaba bebiendo mucho y permanecía ebria más tiempo que de costumbre. Después de una “farra” en 1933, le informaron que había intentado arrojararse por una ventana. En otro momento de ebriedad llegó a arrojararse, o se cayó desde una ventana de un primer piso, aterrizando en la acera con toda la cara. A consecuencia de esto estuvo internada seis meses, para reparaciones de huesos fracturados, arreglos dentales y cirugía plástica.

En 1936 Sarah Martin decidió que si cambiaba de ambiente y regresaba a EE.UU. podría beber normalmente. Esta fue infantil en cambios geográficos es una ilusión clásica de los alcohólicos, y muchos la experimentaron alguna vez. Estuvo ebria durante todo el viaje de regreso en vapor. Nueva York la asustó, y bebió para ahogar su miedo. Se quedó sin dinero y pidió prestado a amigos. Cuando finalmente los amigos

se alejaron de ella, empezó a frecuentar los bares de la Tercera Avenida, mendigando copas de extraños. Hasta ese momento habíanse diagnosticado a sí misma su mal como un derrumbamiento nervioso, y sólo después de haber estado internada en varios sanatorios, llegó a comprender, a través de lecturas, que era una alcohólica.

Siguiendo el consejo de un médico de un sanatorio, se puso en contacto con un Grupo de Alcohólicos Anónimos. Hoy tiene un excelente nuevo puesto y pasa muchas de sus noches acompañando a mujeres histéricas para evitar que se arrojen por la ventana. Ya cerca de los 40 años es una atractiva mujer, llena de serenidad. Los cirujanos de París hicieron un magnífico trabajo con ella.

Watkins es un empleado en la sección embarques de una fábrica. Lastimado en un accidente con el ascensor, en 1927, fue jubilado por la Compañía, que estaba agradecida que no hubiese iniciado demanda por daños y perjuicios. No teniendo nada que hacer durante una larga convalecencia, Watkins haraganeaba en los

“speak-easies” (N. del T. Bares clandestinos que surgieron en los EE.UU. durante la Ley Seca). Habiendo sido antes un bebedor moderado, empezó a embriagarse, y en algunos casos sus borracheras duraban varios meses.

Sus muebles se esfumaron para pagar deudas y su esposa lo abandonó llevándose a sus tres hijos. En once años Watkins fue arrestado doce veces y sirvió ocho sentencias por ebriedad. Una vez, durante un ataque de delirium tremens, hizo circular el rumor entre sus compañeros de prisión de que las autoridades de la misma estaban envenenando la comida, a fin de reducir el número de presos y ahorrar en los gastos, consiguiendo con eso armar un tremendo escándalo en el comedor de la prisión. En otro ataque de delirium tremens, durante el cual creía que el hombre que tenía la celda encima de la suya estaba derramando plomo hirviendo sobre él, Watkins se cortó las venas y el cuello con una hoja de afeitar. Mientras se recuperaba en un hospital fuera de la prisión, con 86 puntadas, juró no volver a beber. Sin embargo, antes de que le sacaran la última venda ya estaba nuevamente

ebrio. Hace dos años que un ex-compañero de copas le hizo ingresar en Alcohólicos Anónimos, y no ha tomado un trago desde entonces. Su esposa e hijos han regresado, y su casa tiene nuevos muebles. Watkins ha vuelto a trabajar y ya pagó la mayor parte de sus deudas, y tiene ahora el propósito de comprarse un automóvil nuevo.

A la edad de 22 años, Tracy, hijo precoz de padres ricos, era Gerente de Créditos de una firma inversora y bancaria, cuyo nombre se convirtió en un símbolo de los años locos por el dinero que fueron los de la década de 1920. Después de la ruina de esta firma cuando el desastre de la Bolsa, se dedicó a propaganda y llegó a ocupar un puesto que le producía 23.000 dólares al año. El día que nació su hijo, Tracy fue despedido de su empleo. En vez de ir a Boston para cerrar un importante contrato de publicidad, apareció en Chicago, perdiendo por este motivo el contrato. Siempre bebiendo enormemente, Tracy se abandonó por completo y llegó a ser un vago. Bebió de todo, incluso tónico para el cabello, y pedía limosna a los agentes de policía, que son siempre buenos candidatos para algunas pocas monedas.

En una noche de helada, Tracy vendió sus zapatos para poder beber, usando en vez un par de zapatos de goma para lluvia que había encontrado en una puerta, a los que rellenó de papel de diario para combatir el frío.

Comenzó a internarse en sanatorios, más por librarse del fió que por otra razón, y en una de esas Instituciones un médico lo interesó por el programa de A.A. Como parte del programa, Tracy, que es católico, hizo una confesión general y volvió a su iglesia, que hacía mucho había abandonado. Tuvo algunas recaídas alcohólicas, pero después de una, en febrero de 1939, Tracy no ha vuelto a beber. Se ha dedicado nuevamente al negocio de publicidad y ascendido hasta un puesto que le produce 18.000 dólares al año.

Victor Hugo se hubiera deleitado con Brewster. Este hombre fue peón de aserradero, vaquero, y aviador de la guerra. Durante el período de postguerra comenzó a llevar una botella encima, y pronto hacía frecuentes visitas a los sanatorios. En uno de ellos, después de haber oído hablar de

curas por shocks, sobornó con cigarrillos al empleado negro encargado de la morgue, para que le permitiera entrar todas las tardes a meditar sobre un cadáver. El plan resultó bien hasta que un día se encontró frente a un muerto, que debido a una contorsión facial tenía en su rostro lo que parecía una sonrisa.

Brewster se unió a A.A. en diciembre de 1938, y después de lograr la abstinencia encontró un empleo como vendedor, en el cual tenía mucho que caminar. Mientras tanto, se le habían formado cataratas en ambos ojos. Una de éstas le fue operada permitiéndole ver de lejos con la ayuda de un lente de fuerte aumento. Usaba el otro ojo para ver de cerca, manteniéndolo dilatado con gotas especiales, a fin de evitar el ser atropellado por los vehículos en la calle. Luego se le declaró una hinchazón en una pierna. Con todos estos inconvenientes, Brewster siguió caminando por las calles durante seis meses, hasta poder ponerse al día y pagar sus deudas. Hoy, a la edad de 50 años, y aún dificultado por sus defectos físicos, continúa visitando sus clientes y ganando aproximadamente 400 dólares al

mes.

Para los Brewster, los Martin, los Watkins, los Tracy y otros alcohólicos reformados, hay ahora agradable compañía dondequiera que se encuentren. En las grandes ciudades los A.A. se encuentran unos a otros diariamente, para comer en sus restaurantes favoritos. Los Grupos de Cléveland dan grandes fiestas para Año Nuevo y otras festividades, donde se consumen galones de café y bebidas sin alcohol. Chicago tiene casa abierta los viernes, sábados y domingos, alternando los barrios Norte, Oeste y Sur, de modo que ningún A.A. tenga necesidad de beber durante el fin de semana por falta de compañía. Algunos juegan a los naipes y al “brige” contribuyendo los ganadores al fondo común para gastos de comestibles, etcétera.

Los otros escuchan la radio, bailan, comen o simplemente conversan. A todos los alcohólicos, ebrios y sobrios les gusta conversar. Son la gente más sociable del mundo, lo que puede servir para explicar una de las razones que quizá los llevó originalmente a ser alcohólicos.

LOS DOCE PASOS

1. Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.
2. Llegamos al convencimiento de que un Poder Superior podría devolvernos el sano juicio.
3. Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, como nosotros lo concebimos.
4. Sin miedo hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.
5. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.
6. Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberase de todos estos defectos de carácter.
7. Humildemente le pedimos que nos liberase de nuestros defectos.

8. Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.

9. Reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.

10. Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.

11. Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios, como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.

12. Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar este mensaje a los alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.

LAS DOCE TRADICIONES

1. Nuestro bienestar común debe tener la preferencia; la recuperación personal depende de la unidad de A.A.
2. Para el propósito de nuestro Grupo sólo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso que puede manifestarse en la conciencia de nuestro Grupo. Nuestros líderes no son más que servidores de confianza, no gobiernan.
3. El único requisito para ser miembro de A.A. es querer dejar de beber.
4. Cada Grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a Alcohólicos Anónimos, considerado como un todo.
5. Cada Grupo tiene un solo objetivo primordial: Llevar el mensaje al alcohólico que aún está sufriendo.

6. Un Grupo de A.A. nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de A.A. a ninguna entidad allegada o empresa ajena, para evitar que los problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial.
7. Todo Grupo de A.A. debe mantenerse completamente a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de afuera.
8. A.A. nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros Centros de Servicio pueden emplear trabajadores especiales.
9. A.A. como tal nunca debe ser organizada; pero podemos crear juntas o Comités de Servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.
10. A.A. no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas.

11. Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción; necesitamos mantener siempre nuestro anonimato personal ante la prensa, la radio y el cine.

12. El anonimato es la base espiritual de todas nuestras tradiciones, recordándonos siempre anteponer los principios a las personalidades.

LAS DOCE PROMESAS

1. Si nos esmeramos en esta fase de nuestro desarrollo, nos sorprenderemos de los resultados antes de llegar a la mitad del camino.
2. Vamos a conocer una libertad y una felicidad nuevas.
3. No nos lamentaremos por el pasado ni desearemos cerrar la puerta que nos lleva a él.
4. Comprenderemos el significado de la palabra serenidad y conoceremos la paz.
5. Sin importar lo bajo a que hayamos llegado, percibiremos cómo nuestra experiencia puede beneficiar a otros.
6. Desaparecerá ese sentimiento de inutilidad y lástima de nosotros mismos.
7. Perderemos el interés en cosas egoístas y nos interesaremos en nuestros compañeros.
8. Se desvanecerá la ambición personal.

9. Nuestra actitud y nuestro punto de vista sobre la vida cambiarán.

10. Se nos quitará el miedo a la gente y a la inseguridad económica.

11. Intuitivamente sabremos manejar situaciones que antes nos desesperaban.

12. De pronto comprenderemos que Dios está haciendo por nosotros lo que por nosotros mismos no podíamos hacer.

¿QUÉ ES LO QUE A.A. NO HACE?

1. No ofrece motivación inicial para la recuperación de los alcohólicos, ni trata de persuadir a nadie para que pertenezca a la Agrupación.
2. No mantiene archivos o historias clínicas.
3. No toma parte en investigaciones, ni las patrocina.
4. No se une a Consejos de agencias sociales, a pesar de que los miembros y Grupos de A.A. frecuentemente cooperan con ellos.
5. No trata de controlar a sus miembros.
6. No hace diagnósticos médicos o psicológicos.
7. No proporciona servicio de hospitalización, ni enfermería, drogas o cualquier tipo de tratamiento médico o psiquiátrico.
8. No ofrece servicios religiosos o espirituales.
9. No interviene en propaganda o educación acerca del alcoholismo.

10. No proporciona casa, alimento, ropa, trabajo, dinero o cualquier tipo de servicio social o de caridad.

11. No proporciona consejos de tipo vocacional o doméstico.

12. No acepta dinero por sus servicios, o cualquier otro tipo de contribución proveniente de fuentes distintas a las de A.A.

